

DISCIPULO DE SAN BENITO EN ALEMANIA, EN RUSIA Y EN CHILE

Entrevista al Hno. Baltasar Kurfess, osb de Las Condes

Varias veces nuestro abad Rvmo. P. Pedro Pérez me ha pedido que le dejara por escrito algunos recuerdos sobre mi vida, especialmente de mi tiempo como soldado en la Segunda Guerra Mundial y sobre todo de los cuatro años que estuve como prisionero de guerra en un campo de concentración en Rusia.

En Beuron (1930-1940)

Comienzo diciendo que nací en el año 1911 en un pueblo llamado Schelklingen, cerca de Ulm, en Alemania del Sur. Conocí el monasterio de Beuron a través de mi primo Adolfo, que era hermano converso en ese lugar; y después de haber aprendido el oficio de albañil, a los 19 años ingresé también a esa comunidad. En aquel año de 1930 la archiabadía contaba con más o menos 150 monjes, entre Padres y Hermanos. Nos levantábamos a las 3.55 de la noche y a las 4.15 comenzaban las vigiliias, los Padres en la iglesia y los Hermanos conversos en la sala capitular. Rezábamos allí el salmo invitatorio y después teníamos media hora de meditación. Uno de los hermanos leía un capítulo de algún libro espiritual, se indicaba el punto de meditación y rezábamos un rato, siguiendo el tema indicado por el punto. Después seguía otro trozo de lectura con su punto de meditación y oración y así hasta totalizar tres trozos de lectura. Terminada la meditación íbamos a la cocina a pelar papas o preparar otras verduras y mientras hacíamos eso rezábamos doce Padrenuestros en voz alta, repartidos en dos Nocturnos de 6 Padrenuestros, separados por una pausa silenciosa. Esas eran nuestras Vigiliias y enseguida, sin interrumpir el trabajo, rezábamos nuestras Laudes, que consistían en cinco Padrenuestros y el Cántico del Benedictus. Después rezábamos tres Padrenuestros por cada una de las horas menores, es decir, Tercia, Sexta, Nona. No siempre alcanzábamos a terminar con esto, porque alrededor de las 6.20 tocaban las campanas del Angelus, que indicaban el fin de las Vigiliias y Laudes rezadas por los Padres en la iglesia, y comenzaban las celebraciones de las misas privadas en los diversos altares. Cada hermano converso, novicio o clérigo estaba asignado a un monje sacerdote, en cuya misa hacía de acólito y comulgaba.

A las 8, mientras los Padres rezaban Prima, nosotros ya habíamos tomado desayuno y salíamos a nuestros trabajos. Durante varios años a mí me tocó trabajar en la imprenta del monasterio, después tuve que reemplazar en la enfermería a los hermanos jóvenes que eran llamados al servicio militar.

A mediodía era el almuerzo en el refectorio común (los Padres y novicios habían tenido entre las 9 y las 10.15 Tercia, Misa conventual y Sexta) y después del recreo íbamos de nuevo al trabajo (no se conocía la siesta). A las 16 horas teníamos la merienda, después rezábamos nuestras Vísperas, que consistían en cuatro Padrenuestros y el Magnificat y rezábamos el rosario. A las 17 hs. se reanudaba el trabajo hasta las 19 hs., en que cenábamos y después del segundo recreo teníamos Completas, la única hora del oficio que rezábamos en común con los Padres, pero no en el coro, sino que nos sentábamos en diversos lugares de la iglesia.

Hice mis primeros votos el 6 de enero de 1933 en manos del Rvmo. P. archiabed D. Rafael Walzer. Este muy pronto fue exiliado por el régimen nacional-socialista y después de varios años del abad ausente, la Santa Sede nombró archiabed a Rvmo. P. Benito Baur, a quien le iban a tocar los años difíciles de la guerra y que en 1949 asumiría la fundación de Las Condes en Chile.

Habiendo vivido ya diez años en la abadía de Beuron, el Viernes Santo de 1940 me llegó la orden de presentarme en el cuartel, porque empezaba la parte más intensa de la guerra. Para mi formación en el ejército estuve primero algunos meses en Praga, después tuve que seguir un curso como enfermero y arsenalero en varios hospitales de Alemania. En abril del año 1941 tuvo lugar la campaña de los Balcanes (Yugoslavia y Grecia), en la que me tocó participar. Esta parte de la guerra duró solamente trece días, pero hubo muchos heridos que atender. Después pasaron algunas semanas con entera tranquilidad en Serbia. Inesperadamente un tren llevó toda nuestra compañía a Polonia y dos días después empezó la guerra con la Unión Soviética.

En Rusia (1941-1948)

El ejército alemán avanzaba rápidamente y no había muchos heridos para operaciones, pero sí muchos enfermos, sobre todo por la extrema dureza del invierno 1941/1942. Se registraron temperaturas de hasta 40 grados bajo cero.

Al año siguiente el ejército avanzaba muy lentamente y se notaba el cansancio de los soldados, pero nadie se atrevía a decir que la guerra se estaba perdiendo. Nuestra compañía estuvo 15 meses en un mismo lugar.

El 24 de junio de 1944 los rusos empezaron la gran ofensiva y el 30 de junio de ese año caí prisionero de ellos. En el mes de julio organizaron con nosotros un gran desfile de victoria: 56.000 prisioneros de guerra alemanes tuvimos que marchar por las calles de Moscú y la gente nos insultaba y nos tiraba piedras. Otra humillación a que nos sometían era obligarnos a cantar cuando más deprimidos estábamos. Me acordaba entonces de aquel versículo del salmo 136 que decía: "Allí los que nos deportaron nos invitaban a cantar, nuestros opresores a divertirlos: 'Cantadnos un cantar de Sión'".

En un tren de carga fui trasladado con muchos de mis camaradas a Alexin, un pueblo que queda entre Moscú y Tula. Allí vivimos unos 9.000 prisioneros durante

cuatro años en extrema pobreza y miseria. Fuera de nuestro uniforme nos quitaron todo lo que llevábamos con nosotros, reloj, cinturón, pañuelos, lapicera, pero lo que más sentí fue la privación de mi rosario. No vimos jamás un diario, ni revista, ni libro, nada escrito. Una aguja, un poco de hilo, algo para escribir, eran grandes tesoros. Pero lo peor fue el hambre continuo que pasamos. Esta situación los rusos la llaman con el bonito nombre de "buena-pleni", es decir, "prisionero de guerra".

En Alexin, después de una cuarentena de cinco semanas, que pasamos encerrados en una gran sala, todo el tiempo inactivos, comenzamos a trabajar en una fábrica que llevaba en su fachada las letras T.E.Z., que significa "Central Termoelectrica". Eramos muchos los prisioneros que trabajábamos allí y ninguno de nosotros supo jamás lo que se producía exactamente. Había edificios donde nunca podía entrar un prisionero; delante de sus puertas estaban siempre dos soldados con sus armas. Se trabajaba cada día ocho horas, a veces también los domingos. Todos los días llegaban catorce trenes cargados con carbón. La norma para cada hombre era descargar con la pala 60 toneladas; pero apenas llegábamos a 40. El carbón caía en máquinas que lo molían a polvo y todo con un ruido casi insoportable.

Todos los días, a las 6 de la mañana, una voz por altoparlante despertaba a los prisioneros que dormían sobre tablas, sin almohadas ni frazadas. Yo dormía siempre con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos escondidas en las axilas, por el gran frío que hacía. Luego se escuchaba la transmisión del gran reloj del Kremlin, seis toques de un tono muy bajo y en seguida resonaba el canto de "Raportí, raportí", que significa "Trabajar, trabajar".

Así estuve dos años descargando carbón, de la mañana a la noche ninguna otra cosa, hasta que me ofrecieron el cargo de "convoy"; es decir, en vez de un soldado ruso yo debía vigilar sobre algunos prisioneros. En adelante salía yo con los camaradas a la fábrica, pero no para trabajar, sino para observar a los que trabajaban, para que ninguno de ellos se escapara. Todos los días tenía que subir a una plataforma de unos 4 metros de altura y controlar 50 metros a la derecha y 50 metros a la izquierda, observando bien que nadie pasara el límite permitido. Cada 100 metros había un "convoy", es decir, un vigilante. Al comenzar el trabajo cada "convoy" se dirigía a su lugar y se quedaba allí hasta las 5 de la tarde, unas 9 horas sin poder moverse ni sentarse. Solamente a las 12 un soldado ruso traía una sopa, 700 gramos para cada uno.

Yo tenía la gran ventaja de que como religioso sabía rezar y durante aquellas horas casi interminables he rezado mucho. En un cordelito que encontré cierto día, había hecho diez nudos y con eso tuve mi rosario. Normalmente rezaba todos los días unos quince rosarios y varias otras oraciones que me sabía de memoria. Mi vecino, el otro "convoy" que estaba cien metros más allá, me confesó que él mataba el tiempo contando "uno, dos, tres", etc. hasta llegar a un millón.

Con una de las oraciones que rezaba en mi puesto de vigilancia me pasó algo especial. No la había aprendido en el monasterio, sino que un día me la había pasado, escrita en un resto de saco de cemento, un compañero prisionero, hombre casado de Rënania. Dándose cuenta de que yo era creyente, me dio en silencio y a es-

condidas el papel. La oración decía más o menos: "Señor, si tú en tu bondad pusieras en mis manos el designio de mi vida, gustosamente lo volvería a poner en tus manos de padre, para aceptar con alegría lo que tú quisieras". Al principio y en la situación en que me encontraba, esa oración me parecía terrible y para poderla rezar alteré su texto en la forma siguiente: "Señor, si tú en tu bondad pusieras en mis manos el designio de mi vida, quisiera volver a mi patria y a mi monasterio". Sólo después de dos años de rezarla en esa forma, en un determinado momento, logré decir: "Señor, si tú en tu bondad pusieras en mis manos el designio de mi vida, gustosamente lo volvería a poner en tus manos de padre, para aceptar con alegría lo que tú quisieras".

Mi cargo de vigilante tenía por un lado su ventaja, porque cada uno de nosotros recibía diariamente 150 gramos adicionales de pan; pero por el otro lado uno estaba ya con un pie en la compañía de los castigados; porque si se escapaba un solo prisionero, el castigo recaía inmediatamente sobre los vigilantes. Gracias a Dios, nunca tuve dificultades y ninguno se escapó en la parte que me tocó vigilar a mí. Al término del trabajo cada uno recibía la tercera sopa, es decir, que cada 15 hombres recibían un balde lleno de repollos y 600 gramos de pan, pero un pan malo, que intencionalmente no se dejaba el tiempo suficiente en el horno. Además se daba cada día una cucharita de té con azúcar. Cada uno recibía en sus manos los 14 gramos de azúcar y el médico insistía mucho en que lo comiéramos en el acto, pues muchos prisioneros solían cambiar su ración de azúcar por cigarrillos.

Terminado el trabajo de cada día generalmente todos estaban tan cansados que sólo deseaban acostarse, cada uno en su lugar, sin decir palabra. Una vez por semana se podía tomar una ducha. La ropa mientras tanto se guardaba en una especie de horno, esperando que el calor matase las pulgas, piojos y chinches que se escondían en los vestidos. Una vez al mes venía un médico para examinar a los prisioneros.

Sólo me encontré con dos conocidos en el campo de prisioneros. Uno fue el Hno. Walafrido, del monasterio de Beuron, actualmente y por muchos años encuadernador. Debido a su debilidad fue enviado de vuelta a Alemania. El otro fue el P. Ildelfonso del monasterio de Gerleve, a quien había conocido en sus años de estudios en Beuron. Con mucho disimulo me solía confesar con él, caminábamos juntos, yo me confesaba y él me daba la absolución casi sin mover la mano, para que nadie se diera cuenta. Pero por su comportamiento todos reconocían muy pronto quienes eran sacerdotes entre los prisioneros. Había tres o cuatro, todos jóvenes. Pero para celebrar la misa faltaba todo. De vez en cuando se permitían reuniones para escuchar un sermón o rezar en común; pero el predicador tenía que entregar previamente el texto de su sermón.

Una vez decidimos hacer todo lo posible para poder celebrar una misa. Con mucho sacrificio se consiguió un poco de vino. Un pope, es decir, un sacerdote ruso, nos lo proporcionó. No me acuerdo cuántos kilos de pan exigió para darnos un octavo litro de vino. Llamó la atención el que muchos camaradas dieran para esto una parte de su escasa ración de pan, mostrando así el gran deseo de los prisioneros católicos por tener una misa. No había misal y los sacerdotes eran demasiado

jóvenes para saberse de memoria todas las partes de la misa. Tuvimos que hacer una reunión, en que cada uno dictaba alguna parte de la misa que aún recordaba, mientras un camarada anotaba todo sobre diferentes pedazos de papel, generalmente sacos de cemento. Yo me acordaba del Prefacio de la Santísima Trinidad, porque en el monasterio lo había escuchado en tantas misas dominicales, así que esa fue mi contribución. No había tampoco ornamentos y como cáliz sirvió un tarro de conservas vacío que se había encontrado en la basura. Creo que nunca habíamos participado con mayor amor y recogimiento que en esa misa. Muchos comulgaron, también protestantes. Pero después de la misa los sacerdotes no quisieron celebrar otra en aquellas condiciones, por considerarlas indignas de la Eucaristía. Esa fue, pues, mi única misa, en mis años de prisionero.

A pesar de tantas privaciones y tantos sufrimientos me parece que todos los que tenían fe hicieron grandes progresos espirituales en aquel tiempo de Rusia. Ese progreso se notaba ante todo en dos cosas: se sentía mucha facilidad y felicidad en la oración y se comprendía y aceptaba cada vez mejor el plan de Dios.

Quiero narrar aún dos casos humanos que presencié: Un día se encontraron dos camaradas, que no se habían visto hasta entonces. Uno de ellos miró asustado al otro y le dijo: "¿Cómo es que estás aquí de prisionero? En tu pueblo natal se ha celebrado una misa de Requiem por tí, porque llegó la noticia de que habías muerto".

El otro caso: Dos hombres, provenientes de la misma aldea de Alemania, se encontraron en el campo de prisioneros. Uno de ellos hacía tiempo había sido declarado caído en la guerra y por ello, su mujer, creyéndose viuda, se había casado de nuevo y precisamente con el otro camarada. Así dos maridos de una misma mujer se reconocieron e hicieron amigos en aquel campo de concentración.

Lentamente, muy lentamente pasaba el tiempo, un año tras otro. Generalmente después de un verano caluroso venía el temible invierno ruso. Es cierto que cada uno recibía ropa especial contra el frío; pero a pesar de ellos se sentían las bajas temperaturas, sobre todo cuando soplaba el viento. Al fin llegó la primavera del año 1948 y por vez primera vino una joven doctora para examinar el estado de salud de los prisioneros. Yo no tenía ninguna gana de presentarme, ya que durante cuatro años el examen del médico no me había dado ningún alivio. Finalmente me presenté. La doctora, al ver mis piernas inflamadas, se asustó y exclamó: "¿Qué es esto?" E inmediatamente me puso en la lista de los que debían ser transportados a Alemania.

Esto pasó en los primeros días de junio de 1948 y después de un largo viaje de 20 días en un tren de carga llegué por fin a mi patria. Y el 30 de junio de 1948 traspasé el umbral de la portería de mi monasterio de Beuron. Para mí esa fecha será de muchos recuerdos: el 30 de junio de 1930 entré de postulante al monasterio; el 30 de junio de 1944 caía prisionero y el 30 de junio de 1948 estaba otra vez en mi casa.

De Beuron a Chile (1951-1985)

En este punto había terminado mi relato, pero los hermanos me han pedido que les diga algo sobre mi venida a Las Condes y mi vida en este monasterio.

Bueno, cuando volví a Beuron, la guerra había dejado sus huellas también allí. Unos sesenta monjes habían tenido que enrolarse en la guerra y de ellos más de la mitad no volvió más, sea por muerte, sea por defección. Gran parte del edificio del monasterio durante la guerra había sido transformado en hospital y el resto de la casa, la comunidad había tenido que compartirlo con las monjas benedictinas del Monasterio de S. Gabriel (Austria), que habían sido echadas de su casa y con otras religiosas exiliadas. Poco a poco se había retornado a la normalidad y también había afluencia de vocaciones.

Del año 1948 al 1951 trabajé en la hospedería. La readaptación costó mucho. Durante años sufría de pesadillas nocturnas y en la casa parecía que nadie sabía o tomaba en cuenta lo que habíamos pasado. En ese tiempo el P. Pablo Gordan, que conocía ya el Brasil, nos hablaba con entusiasmo de la nueva fundación de Las Condes, en Chile y yo me ofrecí voluntariamente para colaborar en ella. Así en junio de 1951, justo al cumplir los cuarenta años, llegaba a Las Condes. Creo que me adapté con gusto al clima y a la gente de Chile. La comunidad de Las Condes naturalmente era mucho más pequeña que la de Beuron, aunque el horario era bastante parecido. Me gustó mucho que rezáramos Laudes, Vísperas y Completas con la comunidad y en el mismo coro, usando el Diurnal Latín-alemán y que tuviéramos conferencias espirituales los domingos y también en la semana.

En Las Condes al principio trabajé en la ropería, después en la cocina y de 1962 a 1982 atendí el gallinero y la venta de huevos. Actualmente estoy un poco "jubilado" y estoy a cargo del refectorio.

Los hermanos me preguntan cuáles habrán sido las cosas más difíciles y las más hermosas que me han tocado vivir en esta casa de Dios. Empezando por las difíciles, pienso que fue difícil aquel tiempo después del Concilio en que disminuían los seminarios y los noviciados. Nosotros habíamos venido a Chile para colaborar en la implantación de la vida monástica en este país y de los jóvenes chilenos tan pocos parecían poder perseverar. Entre 1960 y 1970 contamos hasta 23 entre postulantes y novicios que no se quedaron con nosotros.

Pero el Concilio también trajo para nosotros el progreso más importante, que no ceso de agradecer: el cambio en la liturgia a la lengua vulgar nos permitió a los hermanos una participación plena en el oficio divino y la posibilidad de la celebración nos transformó en una comunidad más unida, pues comulgamos todos en la misma Eucaristía y no como antes cada uno en su rincón. Eso fue para mí lo más importante de todo ese tiempo.

Escribí este relato porque me lo pidió el P. Abad y porque pienso que podría ser útil para los hermanos más jóvenes.